

La historia se forja en el campo: nación y cultura cubana en el siglo XX*

Consuelo Naranjo Orovio
Instituto de Historia (Consejo Superior de Investigaciones Científicas,
España)

“ Construir una tradición es, como se sabe, dialogar con otras, a veces de forma polémica, otras en diálogo entrecortado, a veces construyendo obscuramente nuevos contextos, redefiniendo el lugar de la cultura, proponiendo hilos conductores, vías del deseo, buscando puntos fijos - o ambiguos- como referentes en el pasado que permitan inaugurar otro orden” (Díaz Quiñones, 1996: 107).

La Historia al servicio de la nación

Dialogar con otra cultura, con otras culturas, redefinir la propia, buscar puntos de encuentro en medio del conflicto, abrir nuevas vías, encontrar en la memoria lugares comunes, o inventar tradiciones, héroes y mitos parece que son algunas de las claves, de los pasos sistemáticos que todos los pueblos y naciones se esfuerzan en definir y delimitar. La respuesta a esta aparentemente imperiosa necesidad a veces se escapa de la racionalidad, como la violencia que se utiliza a menudo en su construcción.

Más allá de las claras motivaciones políticas que subyacen en la creación de los imaginarios nacionales y en la elaboración de una memoria histórica –como pasos necesarios para la creación o fortalecimiento de la conciencia nacional-, nos interesa analizar qué elementos sociales y culturales son elegidos en la construcción de un imaginario, en concreto del imaginario nacional cubano de las primeras décadas del siglo XX. Para su comprensión, es necesario adentrarnos en el campo de las ideas, de los significados, símbolos y mitos, que trascendiendo a los contenidos políticos y su utilización, nos trasladan a estudiar las tradiciones, los prejuicios o los valores culturales de una comunidad a partir de los planteamientos, conceptos e ideas utilizadas por Benedict Anderson en su definición de los imaginarios nacionales, concebidos de forma abierta y dinámica, es decir como el conjunto de

* Este estudio se enmarca en el Proyecto de Investigación BHA2000-1334 (Ministerio de Ciencia y Tecnología, España). Este artículo fue publicado en *Historia Social*, núm.40, 2001, pp. 153-174.

representaciones culturales, hechos y minorías étnicas que fueron elegidos como partes significantes de la identidad nacional de un pueblo que elabora un grupo con una finalidad y una ideología determinadas, y en función de las necesidades de un momento concreto; es, también, retornar a los orígenes como ejercicio para iluminar y comprender el presente, en función de las necesidades de ese presente o momento concreto, y buscar en estos orígenes las tradiciones, a partir de las cuales, ya sean inventadas o reinterpretadas, se elabora una historia local o nacional. De esta historia, como señala Hobsbawm, emergerán la sociedad y la nación (Anderson, 1993; Serrano, 1999; Hobsbawm and Ranger, 1983; Fox, 1997).

Conseguida la independencia, Cuba tenía que enfrentarse a varios retos, el inmediato y principal era la construcción de un Estado nacional a partir de la concepción republicana del mismo. La “transición pactada” que caracterizó el proceso, en el que intervinieron actores sociales y políticos internos y factores externos, trajo profundas consecuencias en el desarrollo del país mediatizado por la Enmienda Platt y los tratados comerciales firmados con Estados Unidos: dependencia económica, subordinación política, debilitamiento de la soberanía nacional e incluso, para algunos, pérdida de las tradiciones y valores culturales (Zeuske, 1996:131-147). Es este sentimiento de malestar dentro de la cultura, de vacío y pérdida de valores y de la identidad nacional que experimentaron desde los inicios de la República muchos intelectuales y hombres de ciencia, el aspecto que nos interesa en nuestro estudio, y no tanto el proceso de construcción del nuevo poder. En este sentido, dirigiremos nuestro trabajo a desentrañar cuáles fueron los elementos que se utilizaron para sustentar y reivindicar desde la historia, la ciencia y la literatura la existencia de una identidad nacional, cuya riqueza y especificidad confería a la nación el derecho de ser libre y soberana. En este amplio proceso, la identidad social, nacional y cultural se tuvo que definir a partir de determinados elementos, a los cuales se les dotó de diferentes significados, tanto políticos, es decir “patrióticos”, como culturales y étnicos. Estos elementos, sujetos sociales y representaciones culturales, encarnaron y dieron vida a los imaginarios nacionales que se elaboraron.

El largo período colonial y la presión y presencia de Estados Unidos condicionó este proceso de formación nacional en el que la nación se pensó, en distintas etapas y no sólo en los años inmediatos postbélicos, como resistencia y programa. La nación se ideó de acuerdo a planteamientos políticos diferentes y enfrentados -independencia, autonomía y anexión- y a partir de determinadas concepciones y cánones culturales y sociales (Opatrný, 1986; 1990 y 1994:249-259). Las historias nacionales escritas en

los años inmediatos al término de la guerra, además de reivindicar el derecho adquirido por los cubanos a tener una nación libre y soberana, tenían que justificar la lucha contra España y, algunas de ellas, la oposición a Estados Unidos. Para ello todos los intelectuales utilizaron el pasado como medio para analizar el presente y el futuro, surgiendo de esta reflexión una memoria histórica determinada, basada en hechos, figuras y mitos concretos en los que descansaría la historia nacional y su identidad. Esta identidad sin duda fue el aspecto que presentó mayores problemas en su definición, siendo muy pocos los autores que se sustrajeron al debate en torno a los orígenes y fundamentos étnicos y culturales de la nación cubana. Si en otros países la identidad como nación se buscó a través de la geografía, en Cuba la delimitación y el conocimiento de la misma les eximirá de esta tarea, centrándose la discusión en los aspectos étnicos y culturales¹. En este sentido, como afirma Anderson, la etnicidad – entendida como sistema de organización social de las diferencias culturales- jugó un papel esencial en la invención de la nación (Anderson, 1993).

El inicio de la república hacía imperativo el crear una historia nacional, una historia patria que albergase los principales hechos, figuras y mitos del pasado del pueblo cubano, a la vez de hacerse imprescindible el fijar las bases de la identidad de dicho pueblo a partir de aquellos elementos que la hicieran única y diferente. Se requería el sentar las bases de una identidad y una nación específica, distinta a la española, y posteriormente a la norteamericana, lo que motivó que en determinados momentos se definiera como contrapuesta a los “ otros” con quienes había mantenido y mantenía una situación de subordinación y dependencia en diferentes niveles: político, económico y cultural. Dicha identidad, diferente y específica, sin embargo, albergaba puntos y referencias comunes ya que la situación de subordinación colonial también había originado, como es lógico, unos lugares de encuentro, unos lugares comunes en el amplio universo cultural, apreciables tanto en lo material –en los usos y costumbres- como en lo simbólico e ideológico. Es por ello, que muchos discursos, articulados a partir de diferentes condicionantes y objetivos, encierran las contradicciones del tiempo en que fueron elaborados, las luchas contra la que fue o la que era la cultura y el país dominante, a la vez que las relaciones y lucha de clases, las tensiones raciales, las pugnas por el poder, y el peso y el lugar diferentes que las tradiciones ocupan en los discursos en función de la intencionalidad de cada autor.

¹Una obra imprescindible en los estudios sobre la creación de imaginarios nacionales es el libro de Anderson, 1993. Para el caso de Venezuela es revelador el artículo de Harwich Vallenilla, 1994: 637-653. Ver también los trabajos de Florescano, 1998, y 1999: 94-131.

De esta manera, la historia, los mitos, sus recreaciones e invenciones se pusieron al servicio de la nación en los momentos que ésta lo precisaba. Estos intelectuales, historiadores o políticos, encontraron en la historia los fundamentos básicos de la nacionalidad y de la identidad del nuevo Estado que tenían que construir. La Historia como disciplina estuvo al servicio de la nación y en la historia, como pasado, encontraron los elementos a partir de los cuales elaborar una memoria histórica en la que se encontraban los elementos que conformarían los imaginarios nacionales que fueron elaborados en los años siguientes. En este proceso fue fundamental la elección de héroes, algunos de los cuales llegaron a convertirse en mitos que perviven hasta la actualidad y la selección de determinadas fechas y lugares que se convirtieron en símbolos de resistencia y de la historia patria. La elaboración de esta memoria y del imaginario, determinados en función de sus objetivos e intereses, les sirvió además para definir la sociedad y la cultura, tanto la que construían como la que proyectaban tener en el futuro.

En esta elaboración de la historia nacional el Estado jugó desde los primeros años un papel muy destacado, desplegando sus fuerzas en el acopio y recogida de las fuentes documentales que sobre la historia de Cuba se encontraban depositadas en otros países, así como en la elaboración de una historia oficial y su enseñanza a las jóvenes generaciones. Conocer y valorar el pasado del país se convirtió en uno de los puntos de partida en algunos países americanos cuando comenzaron a tomar conciencia de su diferencia, aunque la gran mayoría lo inició con su andadura como naciones independientes (Cruz Monclova, 1973:10-11) ².

En Cuba, a los trabajos individuales de investigadores como Vidal Morales y Morales se sumaron otras iniciativas que desde el gobierno e instituciones impulsaron el rescate de la documentación. En 1925 Gerardo Machado dispuso que se crease una Misión Permanente para localizar fondos en los archivos españoles sobre toda la historia de Cuba, siendo presidente de la Academia de Historia de Cuba Fernando Ortiz, quien nombró de manera oficial a José María Chacón y Calvo director de la Comisión en Archivos Españoles a partir de julio de 1925, aprovechando su puesto como Secretario

² En el caso puertorriqueño, en fecha tan temprana como 1851, aprovechando la estancia en España para realizar estudios de Baldorioty de Castro y José Julián Acosta, se creó una Comisión en Madrid para recoger la documentación existente en los archivos españoles sobre la isla. Dicha Comisión, denominada Sociedad Recolectora de Documentos Históricos de la isla de San Juan Bautista de Puerto Rico, estuvo además integrada por hombres como Ramón Emeterio Betances, Alejandro Tapia Rivera, Segundo Ruiz Belvis, Lino Dámaso Saldaña, Calixto Romerop Togores, José Cornelio Cintrón, Genaro Aranzamendi, Juan Viñals, Federico González, José Joaquín Vargas Torres, y otros estudiantes puertorriqueños residentes en Madrid. Los trabajos, que abarcaban desde el siglo XVI al XVIII de la Sociedad Recolectora

de la Embajada de Cuba en Madrid, capital en la que residía desde 1918. Los resultados de la búsqueda y la relación de los documentos encontrados los remitía Chacón mensualmente a Ortiz. Al finalizar este trabajo, la Academia de la Historia de Cuba hizo un inventario de gran valor y trascendencia.

La obra de Vidal Morales y Morales

Conscientes de la importancia que tenía la educación y la puesta en marcha de un sistema de enseñanza como medio de “civilizar” y modernizar a la sociedad, no se le escapó la necesidad de imbuir al pueblo una conciencia nacional basada en una historia común, para lo cual se dispuso como libro de texto en las escuelas el reciente libro de Vidal Morales *Nociones de Historia de Cuba*; libro que fue elegido en 1901 por la Junta de Superintendentes de Escuelas Públicas como el texto reglamentario para la enseñanza³. Sin duda el ser uno de los primeros libros contribuyó a su elección, como también el hecho de que recogía en sus páginas los momentos y figuras más encomiables de la historia patria y nacionalista, que siguieron siendo los héroes y mitos de la historia nacional escrita en los años siguientes.

Su intención, como él apunta en *Nociones de Historia de Cuba* no era profundizar en determinados aspectos o hechos, sino dar una idea de conjunto sobre la esencia del pueblo cubano y de su evolución hasta convertirse primero en “un pueblo adelantado” y, posteriormente, en una nación independiente. El descubrimiento; la conquista y colonización; las invasiones de corsos y piratas; la dominación inglesa; la Restauración española; las sociedades secretas y conspiraciones; el período reformista; la guerra de los diez años; desde el Zanjón hasta el Baire; la última guerra de independencia, y la intervención americana hasta nuestros días eran los hitos que marcaban la historia del país. Para Vidal Morales la Historia era el fundamento del presente, un presente que no podía haberse forjado sin contar con los hombres que él denomina “precursores, héroes y mártires” del período de esfuerzos y de lucha. Reconociendo un mayor peso al siglo XIX en la constitución de la nación, concede a este período de la historia la mitad del libro. En este recuento de mártires Vidal Morales dedica uno de los capítulos (capítulo X) a los primeros héroes de la independencia de la década de 1850: Narciso López, Joaquín de Agüero y Agüero, Isidoro Armenteros, Eduardo Facciolo, Luis Eduardo del Cristo, Juan

de Documentos de la Isla de San Juan Bautista de Puerto Rico, fueron publicados por Alejandro Tapia Rivera en 1854 en *Biblioteca Histórica de Puerto Rico*.

González Álvarez, Ramón Pinto (oriundo de Cataluña), Nicolás Pinelo, Juan Cadalso y Francisco Estrampes.

Este último rasgo es compartido con otras historias nacionales en las que la falta de un pasado indígena glorioso es suplido con la sublimación de luchas independentistas. Por ello, sin poder recurrir a una exaltación del pasado indígena, como lo hicieron otros pueblos a partir del desarrollo de su cultura material, sí se detiene, sin embargo, en presentar a los primitivos pobladores, presentándolos como seres pacíficos y dóciles, con una organización tribal y unas relaciones que les aproximaban más a la familia que a cualquier otro tipo de organización. No se hallan en estas páginas una crítica a la conquista ya que, como dice en el prólogo, ésta permitió convertirse a Cuba en “ un pueblo adelantado” . Lógicamente, dentro del siglo XIX, el autor concede un mayor número de páginas a las guerras de independencia, incluyendo en este capítulo la inauguración de la república de Cuba en 1902. El libro finaliza con el nuevo período presidencial bajo Mario García Menocal, en 1913. Desde el término de la guerra en 1898 a esta fecha, Vidal Morales y Morales se empeña en presentar un panorama de paz, concordia social, prosperidad, democracia y libertad, minimizando las revoluciones, intervenciones norteamericanas y la guerra de color de 1912, de la cual simplemente dice que fue un levantamiento capitaneado por Evaristo Estenoz y Pedro Ivonet contra el poder constituido, tras la promulgación de la Ley Morúa que prohibía “ la constitución de partido alguno que tenga como base de su organización el dividir a los ciudadanos por su color, creencias, etc...” (Morales y Morales, 1913: 262).

Sus escritos fueron fuentes documentales de primera mano debido al acopio ingente de documentos que Morales utiliza y muestra. Al igual que otras primeras historias y biografías, la mayoría de las cuales tienen una gran erudición, las de este autor son obras apologéticas cuya única misión es el fortalecimiento del sentimiento nacional y de la cubanidad, a partir del rescate y exaltación de todos aquellos aspectos y hombres que en su momento marcaron un avance en la cultura cubana o ayudaron en la toma de conciencia y lucha contra el colonialismo español. Tanto Vidal Morales como otros contemporáneos consideraron que la Guerra de 1868, sus hombres y hechos, era uno de los principales bastiones de la historia patria, de ahí que a esta tarea biográfica se dedicaran varios historiadores, todos con el mismo fin educativo y afán nacionalista. Como ejemplo de ello podemos ver los estudios de algunos

³ Tras ser designado como libro de texto para la enseñanza, fue adaptado e ilustrado con la colaboración Carlos de la Torres y Francisco Henares. De este autor véase también las obras de 1899;1901 y 1904.

próceres a cargo de Vidal Morales en *Hombres del 68: Rafael Morales y González. Contribución al estudio de la historia de la independencia de Cuba* sobre uno de los héroes muerto en plena guerra del 68; y los trabajos de Carlos Manuel de Céspedes y Quesada (1871-1939), uno de los primeros biógrafos de Carlos Manuel de Céspedes, publicando su obra en París en 1895. En esta misma tónica hay que destacar los estudios de Eladio Aguilera Rojas, de 1909, sobre otro de los héroes, Francisco Vicente Aguilera (“ perínclito prócer de la independencia”), que ocupa un puesto destacado junto a Céspedes en el panteón nacional, y también sus escritos posteriores sobre Martí y Carlos Manuel de Céspedes; o los libros de Gonzalo de Quesada y Aróstegui (1868-1915), quien dedicó parte de su obra, de gran sentimiento patriótico y vocación educativa, a la figura de Ignacio Mora. Estas biografías junto con otros libros sobre el fusilamiento de los estudiantes en 1871, la narración de las principales batallas o las acciones, programa y demandas del Partido Liberal Autonomista fueron el centro de atención de los historiadores y políticos, al considerarlos como hitos nacionales en los años inmediatos al fin de la guerra de 1895-1898. Estas historias son, como dice N. Harwich para el caso venezolano, “ escuela de formación patriótica” (Harwich, 1994:37-653).

Con el rescate del pasado y la evocación de las gestas heroicas de las guerras de independencia, del inicio de la lucha con el Grito de Yara, la historiografía se pone al servicio de un ideal nacional, marcando el rumbo y algunas de las características de la historiografía nacionalista cubana. El afán de Vidal Morales por señalar que los pilares revolucionarios del pueblo cubano y su espíritu combativo existían también en la primera mitad del siglo XIX, y que habían sido acallados y ocultados por el colonialismo español, lo realiza en el libro *Iniciadores y primeros mártires de la evolución cubana*, editado en 1904. El objetivo de esta historia de crear una memoria colectiva es lo que condiciona que sea una historia más centrada en aspectos culturales, biográficos y bélicos y exenta de contenido social y económico. Se elabora una historia propia, nacional y patriótica, alejada de la historia de la antigua metrópoli y con escasas referencias a la misma a excepción de su uso como referente contrario. La idea del autor es que el libro sirva para que los jóvenes ciudadanos tengan una visión de conjunto del pueblo cubano, no teniendo el carácter meticuloso que las obras dedicadas a exaltar las biografías de hombres con una gran trayectoria política, como José Silverio Jorrín, Francisco Frías y Jacott, entre otros, precursores algunos y parte de la elite política republicana, otros.

Tierra y cubanidad

“ Al volver de distante ribera,
con el alma enlutada y sombría,
afanoso busqué mi bandera
y otra he visto además de la mía”
(Byrne, 1904)

La frustración que algunos poetas plasmaron tras el fin de la contienda en 1898 ante la nueva situación de dependencia colonial, continuaba dos décadas después en la boca de escritores como Francisco Javier Pichardo, en su soneto *La canción del labriego*, Felipe Pichardo Moya, en *El poema de los cañaverales*, o el matancero Agustín Acosta, quien evocaba en 1926, en el poema *La zafra*, el desengaño y la nostalgia de la patria, la que identificaba con el campo, el campesino y su bohío:

“ Musa patria: en el bohío,
la remozada bandera,
es una alegre quimera
que se burla en el hastío.
En la clara paz del río
El pálido azul se moja,
La blanca flor se deshoja,
Y, como de sangre hirviente,
En la tranquila corriente
Naufraga una mancha roja” (Acosta, 1926).

Junto a la historia, la literatura sirvió para crear una memoria histórica determinada basada en unos héroes y un pueblo que había luchado a lo largo de todo el siglo XIX por su independencia y contra el colonialismo español. El rescate e invención del pasado o de determinados aspectos de éste era una necesidad para la construcción del Estado nacional, proceso en el cual la Historia se puso al servicio de la nación. Ello llevó implícito la búsqueda de los fundamentos autóctonos de la nación cubana, la adopción de un fuerte nacionalismo en el plano político y cultural, y la selección de un grupo que lideró el proceso independentista y sobre el que, además, se hacía descansar la identidad nacional.

Para estos literatos, al igual que para Ramiro Guerra, había que definir la identidad nacional con el fin de dar solidez al proceso de consolidación de la

nacionalidad cubana, y como medio de fortalecer su soberanía nacional frente a la injerencia extranjera. Para ello se buscó un fundamento que encarnase esa identidad, esa cubanidad. Un único elemento que representase la identidad nacional y que diese continuidad y cohesión al proceso formativo y de consolidación. Se pensó que la dispersión y heterogeneidad de los elementos sociales y culturales podían restar unidad y fuerza al proceso y a partir de ello, la cubanidad se limitó a un hombre, a un grupo y a una clase.

Se eligió al campesino blanco como representante de la nación y de su identidad, no sólo, como dijera Ramiro Guerra por ser quien había protagonizado la lucha contra España, sino por ser el elemento autóctono y original; cultivador de la tierra y del campo, autóctono como él. Ni negro, ni mulato, ni chino, ni canario, ni gallego, ni haitiano, ni jamaicano. El campesino blanco cubano era un producto de la tierra, arraigado al país que encarnaba la criollidad; un elemento verdadero, no contaminado, en el que la cultura y el lenguaje aún emanaba autenticidad, virginidad y pureza; un hombre cuyas tradiciones y él mismo se hundían en el tiempo, en la tierra de la que era producto y a la que estaba unido por la historia, la cultura y el trabajo. Esa tierra que le pertenecía y de la que era desposeído, como símbolo de la enajenación cultural y de la desintegración a la que el país parecía estar abocado. Era una historia de opuestos, de la lucha entre la pequeña propiedad y el latifundio, entre el cañaveral y las siembras de yuca, ñame, trigo, frijoles o arroz; era el central contra el bohío, el guajiro desplazado de su tierra por el cacique, Mr. Norton, la Cubanacan Sugar Company, y el bracero.

Sobre la realidad social y económica se elabora una imagen bucólica del campo cubano similar a la que en Puerto Rico se crea alrededor del jíbaro. Algunas novelas nos transmiten la idea de una sociedad campesina que vivía en armonía con la naturaleza, en la misma tierra que lo hicieron sus antepasados, sin conflictos de clase ni raciales, apartada de las luchas y de la corruptela de las grandes ciudades, integrada por una población blanca que constituía el baluarte de la nacionalidad, conforme al ideal de gran parte de la elite. Es una sociedad blanca alejada también del cruel mundo del azúcar, el barracón, el esclavo, el mayoral y el amo, es una imagen en parte real y en parte creada cuyo paisaje cambia y se ensombrece con las altas chimeneas del central azucarero.

La metáfora de la vida republicana también es situada en la manigua, en la ciénaga que engulle a los protagonistas, al igual que la política había terminado con la

moral cívica. Santiago Hermina, el protagonista de la novela más popular de Luis Felipe Rodríguez, *Ciénaga* (1937), encarna la vida y muerte de la nación convertida en una ciénaga pantanosa y mal oliente, en la que sólo cuentan los intereses extranjeros (Rodríguez, 1984)⁴. En este relato, que algunos han calificado como la novela del cañaveral, cargado de símbolos e imágenes, y cuyos personajes están extraídos de la realidad cubana, hay un lamento amargo y repetido de la situación del campesinado, de los veteranos de las guerras de independencia, del auténtico pueblo y alma de Cuba. En ella, el autor vuelve sobre los pasos andados en dos novelas anteriores, *La Conjura de la Ciénaga* y *Marcos Antilla. La tragedia del cañaveral*, publicadas en 1924 y en 1932, en las que Luis Felipe Rodríguez entremezcla lo simbólico con lo real, siendo la caña y el campesino los protagonistas, como también eran los fundamentos de la nación (Rodríguez, 1963: 37 y ss.). Al igual que desde la historia lo hace Ramiro Guerra, desde la literatura Luis Felipe Rodríguez deposita en el campesino blanco cubano la esperanza y el futuro del país, al hacer de él, dice, “ la reserva de vida, nuestra garantía económica y nuestra afirmación más segura y fuerte” (Rodríguez, 1984).

La búsqueda de la identidad nacional se presenta en estas novelas con un dramatismo tal que la sitúan a un primer plano de las necesidades y problemas de Cuba. La novela se transforma no sólo en denuncia social y política, sino también en manual de conducta moral y cívica, a través de la cual el narrador, Luis Felipe Rodríguez, enseña al pueblo sus carencias y defectos, le indica el camino para superar su sentido de transitoriedad y provisionalidad, y le anima a formar la nación:

“ ¡Hormiga loca, Hormiga loca! Tu sol y tu biología colonial, aún son una realidad psicológica y económica: influencias combinadas en nuestro paisaje físico y demográfico.

La Conquista, la Colonización y la Intervención fueron hechos ineludibles, en la formación histórica nuestra.

[...] La Historia tiene un nuevo punto de partida y éste es cuando los pueblos conquistados se conquisten a sí mismos...” (Rodríguez, 1963).

La defensa del campesinado blanco cubano: la obra de Ramiro Guerra

La Historia que justificaba el pasado y, en ocasiones el presente, y servía además para afianzar el futuro, no sólo fue una historia gloriosa de hombres y fechas, fue también una Historia que ayudó a conformar y fortalecer algunos mitos presentes

⁴ En 1924 editó en Madrid *La Conjura de la Ciénaga*. Años más tarde, en 1937 escribió *Ciénaga*.

en la mentalidad y en la sociedad cubana, como fue el mito de la unidad racial, el mito del hombre blanco y, más aún, el mito de la “raza hispana”; un mito que, por otra parte, también fue utilizado como referente permanente frente a Estados Unidos y como medio de amortiguar el cambio producido tras 1898 (Naranjo Orovio, 1998: 221-234), presentando un hilo conductor que unía, daba coherencia y continuidad al menos a una elite y a su proyecto político.

Desde la integración, como hiciera el antropólogo Fernando Ortiz, la exclusión u omisión, como hicieron un nutrido grupo de historiadores, se presentó una sociedad homogénea, integrada y cohesionada, cuyas raíces se hundían en las luchas contra el colonialismo español, juzgado y valorado de muy diferente manera. En este proceso, las identidades colectivas fueron acalladas en función de una identidad nacional que lejos de ser integradora excluyó en aras de un “ideal patrio”. Un ideal que estuvo representado por el hombre blanco y, en concreto, por el campesinado blanco cubano quien desde 1868 había demostrado su valor y amor a la patria. Su definición y defensa por los historiadores y literatos merecen que nos detengamos en él.

A través de la cultura hispana como símbolo de la identidad nacional, los autonomistas, representantes de la ciencia y cultura criollas en el siglo XIX, los mismos autonomistas que en el siglo XX eran la elite letrada y política, trazaron un puente entre la etapa colonial y la república sin apenas ruptura ni discontinuidad. Como resultado de ello, la historia nacional fue una historia sólida, integrada y sobre todo marcada por un afán continuista, en la que se exaltaba la unión de la “gran familia hispana” y se maneja la “raza latina” o “raza hispana” como el elemento que aunaba y hacía posible el reencuentro de los dos mundos. En Cuba, al igual que en otros países americanos, en el proceso de recrear la historia cobró especial importancia la valoración de la herencia española, herencia que se consideraba tanto desde el punto de vista cultural como biológico. La creencia de que la cultura se transmitía por la herencia, y que en gran manera dependía de los componentes biológicos del pueblo español, es decir de la “raza hispana”, llevó a los intelectuales a equiparar en gran medida cultura con “raza” haciendo depender de esta última el nivel de progreso y civilización, o, por el contrario, de retraso y arcaísmo. Todos estos elementos hicieron que el debate sobre el pasado colonial se trasladara al momento actual y se convirtiera en uno de los ejes del debate de los intelectuales que se enfrentaban con un pasado, un futuro incierto y un Estado nacional por construir.

En este camino, en el que se sopesaron los beneficios y perjuicios que entrañaba el mantenimiento del pasado colonial y de la herencia española o, en su caso, la ruptura, se buscaron los elementos culturales y étnicos de un pasado autóctono y se valoró en distinta medida y de forma muy desigual el mestizaje. La “raza” utilizada desde décadas anteriores como un elemento explicativo de fenómenos sociales, culturales y políticos ahora también era un factor esencial en el diseño y constitución de la sociedad y de la nación, de tal manera que algunos autores equipararon nación a “raza” y redujeron la nación a la existencia de una “raza”. Para ellos la homogeneidad racial era la condición primordial para la existencia de una nación, era el sinónimo de ésta, de ahí los intentos por demostrar la existencia de una “raza” común, que en la mayoría de los casos partían de concepciones exclusivistas. Una “raza” común que, en estos primeros años, unos trataron de probar que era únicamente hispana, mientras que otros defendían que era cubana sin argumentar ni admitir el mestizaje de sus elementos. De este modo, desde concepciones diferentes todos trataban de definir la cubanidad a partir de un único sujeto, el hombre blanco, el campesino blanco cubano, por lo que la homogeneidad racial era el principal factor que debía definir dicha identidad. En este proceso sin duda influyeron tanto los prejuicios raciales, de los que nos ocuparemos a continuación, como el temor a la desintegración de la nacionalidad; una nacionalidad que muchos consideraban tambaleante y amenazada tanto por las influencias procedentes de Estados Unidos como por la heterogeneidad de los elementos étnicos y culturales de la sociedad cubana.

Se trataba de crear un imaginario nacional que reuniera la manera de concebirse los cubanos y el modo en el que querían ser vistos; a dicho imaginario contribuyeron los intelectuales de manera especial desde la historia y la ciencia, y también desde la literatura, cuyas novelas reforzaron, en muchas ocasiones, las páginas escritas del pasado. Como en otros países, en el proceso de construcción nacional los intelectuales, los científicos y las elites políticas cubanas jugaron un papel decisivo al actuar en dos frentes de manera simultánea, sus escritos reforzaron su acción política, la cual, cuando lo necesitó, contó con un aval que legitimaba sus decisiones y actos (Quijada, 1994:15-51). La presencia de médicos en las esferas gubernamentales y en diferentes órganos e instituciones de poder de la joven república (Cámara de Representantes, Secretaría de Inmigración, Secretaría de Agricultura, Asociación para el Fomento de la Inmigración, o Liga Agraria), reforzó el poder de los médicos en los dictámenes y regulación de la población, marcó, perfiló y legitimó las acciones políticas que se pusieron en marcha en diferentes esferas.

Como hemos analizado en otros trabajos, la presencia de estos “generales y doctores” fue decisiva en la política migratoria adoptada por Cuba en los primeros años del siglo XX. La admisión, exclusión y selección de inmigrantes se hizo a partir de unos criterios de selección étnica que vinieron marcados y legitimados desde postulados médicos (criterios higiénico-sanitarios) y antropológicos. La calificación de inmigrantes indeseables no sólo se destinaba a los no aptos, dementes, idiotas o tarados, sino a todos aquellos cuya procedencia significaba un peligro desde el punto de vista higiénico-sanitario para la nación. Esta clasificación de indeseables o inmigrantes anti-sanitarios recayó en las poblaciones más marginales, aquellas, además, cuyas culturas no estaban consideradas como “superiores” o al menos como iguales a la cubana. Eran además hombres negros, mulatos, mestizos, chinos, cuarterones..., en definitiva, hombres marginados por la historia por su color de piel, por sus tradiciones y su posición de subordinación en la sociedad. Hombres no idóneos para construir una nación coherente y homogénea, con una civilización a la altura de las naciones modernas, cuya presencia agravaría los problemas internos de la isla con una heterogénea composición étnica y cultural (Naranjo y García, 1996^a y 1996b).

Además del estímulo oficial que recibió la elaboración de la historia nacional, más patente con el paso de los años con la construcción y el levantamiento de estatuas y monumentos a los héroes de la independencia, hay que mencionar la existencia de otras muchas obras de carácter histórico, literario y sociológico que se encargaron de crear una imagen determinada del pueblo cubano. Estas imágenes que componen los imaginarios nacionales guardan relación con la ideología, la estrategia y la procedencia de sus creadores, por lo cual son diversas y cambiantes. No es lo mismo la nación y el tipo nacional que Vidal Morales quiere transmitir en su obra que la ideada por Ramiro Guerra o por los literatos de la primera generación republicana, quienes en el rescate de lo autóctono, extraen de la tierra al guajiro y lo elevan a representante de la cubanidad y de la lucha y resistencia frente a Estados Unidos, frente a la enajenación y a la expropiación de las tierras.

Esta historia, defensora del pequeño agricultor, estaba a la vez creando un imaginario social y nacional en el que el colono blanco era el bastión y núcleo de la nacionalidad cubana. La defensa de la tierra, del campesino blanco, del colono y de la pequeña propiedad que hizo Ramiro Guerra en *Un cuarto de siglo de evolución cubana*, en 1924, en *Azúcar y población en las Antillas*, en 1927, o José Antonio Ramos en sus novelas *Tembladera*, en 1918, y *Caniquí*, en 1936, eran eco y

encontraron apoyo en los juicios médicos de años anteriores, entre ellos el del cubano Juan Guiteras, quien en 1913 indicaba como seña de identidad cubana al campesino blanco sano y equilibrado, asentado en el centro de la isla, en los campos de Camagüey, de los que decía estaban sembrados de caña y café y nunca habían sido invadidos por los negros. En estos campos, comentaba Guiteras, se hallaba “ el tipo más hermoso de la “ raza” blanca en Cuba; altos, bien formados, de ojos claros, fina tez blanca, tostada por el sol, y de pelo negro” (Guiteras, 1913:98-118).

Maestro de instrucción primaria, superintendente de escuelas, profesor de la Universidad, escritor, historiador... Ramiro Guerra es sin duda una de las figuras principales del panorama cultural de Cuba en el siglo XX. Su obra desde el principio tuvo un fin muy marcado, el mismo que le persiguió hasta finalizar su vida. Maestro de generaciones escribió la historia con fines presentistas, como medio de enseñar el pasado pero, fundamentalmente, de entender la realidad actual. Para él, los historiadores, los maestros de la recién inaugurada república eran “ los continuadores de los libertadores de la patria” , puesto que ellos eran los encargados de preparar a los jóvenes en los deberes de ciudadanía de la patria. La Historia le sirve a Guerra para formar el sentimiento de patriotismo, para cimentar la identidad del pueblo, pero además desde ella reflexiona sobre el momento presente. Para él, la Historia guardaba los anhelos de cada pueblo para lograr la independencia y vivir en democracia y libertad; las mismas aspiraciones que persiguieron los intelectuales y políticos más comprometidos con el destino de la isla. El estudio y la enseñanza del pasado eran, por tanto, dos premisas básicas para construir el presente de acuerdo a los ideales de los libertadores de la patria (Guerra Sánchez, 1949).

Al igual que otros historiadores extraen de la Historia los mitos y los héroes que cumplen una clara función social, Guerra marca y define cuáles eran los fundamentos y pilares de la joven nación a través de la reivindicación del campesino blanco cubano, como bastión de la nacionalidad, y de su derecho a la tierra adquirido por la tradición, por su apego a la misma, por su trabajo, y por su valor demostrado en las guerras de independencia. La Historia era para él, como en gran medida la utilizó Fernando Ortiz, el elemento articulador de la nación. Se vale de ella para consolidar la nación y su identidad, vinculando el pasado con el presente y el provenir (Díaz Quiñones, 1992: 9-68). Coincide con autores como Enrique José Varona o Vidal Morales y Morales en señalar que 1868 fue el inicio de una nueva etapa en la historia de Cuba al integrar y unificar al pueblo bajo un mismo ideal. A pesar de que la firma del Pacto de Zanjón fue una tregua para la independencia, Ramiro Guerra consideraba que en la Guerra de los

Diez Años se encontraban las raíces que habían hecho visible el grado de madurez con el que contaba la nación (Guerra Sánchez, 1970).

En su obra la tierra cobraba un valor especial. La tierra como valor por sí misma, no sólo como propiedad de algún grupo o de pequeños colonos que también reivindicó en otras obras, sino como factor de identificación del hombre con el país: la tierra como propiedad y como elemento de trabajo. La dependencia directa de la tierra y la adaptación al medio de los pequeños campesinos y de la población de color libre era en lo que se basaba el autor para afirmar que este campesinado era la mayor fuerza social en Cuba en 1868. Si los terratenientes eran los que habían iniciado y liderado la lucha, los campesinos eran en la obra de Guerra el otro grupo que habían desempeñado un papel fundamental en las gestas de liberación nacional. En tercer lugar situaba a la población negra y mestiza (esclavos y libres) también adscrita a la tierra. La adscripción a ésta era, para Guerra, la clave de pertenencia a un pueblo unido “ por cierta comunidad de intereses” que le confirieron una personalidad propia.

Para este autor, la patria, la nación, la nacionalidad, la cultura nacional, la soberanía... todo ello tenía sus raíces en la tierra. Su permanencia también estaba en función de la conservación de dicha tierra por los nativos. Dispersos por sus escritos encontramos los conceptos y significados de patria, nación, pueblo o nacionalidad. De los *Discursos leídos* en su entrada en la Academia de Historia de Cuba, en 1947, se extrae el concepto que Guerra tiene de patria. Para él, la tierra era en última instancia la patria, y el trabajo de ella era lo que otorgaba a sus gentes la pertenencia a la patria. Lo que en algunos momentos el autor define como patria, en otros lo hace como nación. Ambas, patria y nación, las formula a partir de la tierra, condicionando su existencia al arraigo del hombre a la tierra, es decir a la posesión del suelo, y a su trabajo y cultivo por parte del campesinado. De forma un tanto idílica y simple, separando de manera tajante al campesino nativo del peninsular, sin reparar en la inmigración española (peninsular y canaria) cuyo destino fue el agro, Guerra marca el inicio de la nación en este proceso:

“ Cuba existió como nación desde que el nativo, en mayoría abrumadora sobre el español peninsular, parceló el territorio de la isla, lo poseyó como dueño y lo labró y cultivó, teniendo, colectivamente, vida económica propia y distinta de la de España” (Guerra Sánchez, 1970: 87-92).

Ramiro Guerra va limitando la nacionalidad a un grupo cada vez más concreto del que los peninsulares quedaban excluidos desde el mismo momento que se les

niega cualquier derecho por no tener arraigo válido en la isla, es decir, por no cultivar el suelo ni hacerlo productivo (Guerra Sánchez, 1949). La identificación que hace entre el campesinado blanco y el país le sirven para depositar en él la identidad nacional. Para este autor el campesino, el estanciero o sitiero blanco, se afirmaba en su condición de cubano frente al peninsular y al canario no sólo por su distinta posición económica y social –que en ocasiones era similar al menos a la de los canarios-, sino por el mayor conocimiento que tenía del país. A este respecto Guerra comenta que el pequeño campesino cubano “ se estimaba con cierta superioridad natural frente al isleño y peninsular, por ser éstos poco conocedores del país, hallarse expuestos a enfermedades de que el cubano, bien adaptado al clima, se hallaba libre –la fiebre amarilla señaladamente- y por ser más conocedores de la vida campesina” (Guerra Sánchez, 1949: 21).

El mayor alegato contra la expansión del latifundio azucarero, la concentración de la tierra en manos de compañías extranjeras, en la medida que este proceso conllevaba la desaparición de la clase sobre la que él depositaba la identidad nacional, y la transformación del país en una colonia de plantación, lo constituyen los 21 artículos publicados a lo largo de 1927 en el *Diario de la Marina*, reunidos ese mismo año en el libro *Azúcar y población en las Antillas*. Escritos en un momento en que la expansión del latifundio azucarero parecía imparable a lo largo del territorio insular, la actualidad del tema y la gran acogida del libro motivó su reedición en sucesivos años, 1934, 1935, 1944, 1955, 1961 y 1970. En la cuarta edición, de 1944, se incluye un apéndice, el número 5, obra de su hijo José Antonio Guerra, en el que se presenta un estudio sobre la evolución económico-social de la industria azucarera en los últimos años. Las transformaciones operadas en esta industria, sobre todo la detención de la expansión del latifundio, abrían un nuevo horizonte en el desarrollo del país, de su sociedad y cultura. El rescate de la tierra que parecía vislumbrarse a finales de la década de 1940 significaba, a juicio del hijo de Ramiro Guerra, la culminación del proceso de la construcción de la nacionalidad cubana (Guerra Sánchez, 1970).

Bajo el epígrafe “ Tierra propia para elcultivador” Guerra continúa batallando en devolver y repartir las tierras entre los campesinos como medida para contrarrestar los efectos del latifundio. En los años cruciales de la venta de la tierra a compañías norteamericanas, de la desintegración del sistema de propiedad de la tierra, Ramiro Guerra volvía a plantear viejos postulados e ideales y abogaba por crear una clase amplia, integrada por agricultores propietarios de la tierra, que sirvieran “ de robusto cimiento a la nacionalidad y de firma garantía al orden social” . Retomaba las ideas

esbozadas a principios del siglo XIX dentro del programa de la “Cuba pequeña” elaborado por el Intendente de Hacienda, Alejandro Ramírez (1817–1821), cuyos puntos centrales eran la diversificación agrícola y la defensa de la familia campesina blanca. Frente a la consolidación de la plantación esclavista, al monocultivo azucarero, la dependencia, y el aumento progresivo de la población de color, se propuso el cultivo de diferentes productos (naranjas, trigo, arroz, yuca, frijoles, etc..), destinados al consumo interno, y la creación de un amplio campesinado blanco, que sería el núcleo básico de la futura sociedad cubana; era el colono en el que los reformistas de los años centrales del siglo XIX - Francisco Frías y Jacott, conde de Pozos Dulces, José Antonio Saco y Ramón de La Sagra- habían puesto sus esperanzas de cambio y desarrollo económico, social y cultural(Naranjo y García, 1996 a: 54-67 y 85-96).

La defensa del pequeño y mediano campesino blanco, del colono como grupo social y del colonato como sistema de producción en la obra de Ramiro Guerra está, además, marcada por la trayectoria familiar del autor. Sus recuerdos de infancia, su propia historia familiar provoca que su testimonio sea más fuerte y penetrante al lector sobre todo en *Mudos Testigos*, obra escrita en 1948 en la que de mano de la historia se deslizan las vidas de varias generaciones en la finca Jesús Nazareno, cafetal, colonia de subsistencia y colonia cañera, que llegó a ser propiedad de la familia Guerra y Sánchez (Guerra Sánchez, 1974)

Aunque algunos autores han calificado a *Mudos Testigos* como la historia de tierras y gentes sin historia, el propósito de Guerra no fue ese ya que sus protagonistas, que fueron también los hombres del campo que empuñaron las armas en la Guerra de 1895, eran los forjadores de la nación. Por otra parte, este libro, como algunos otros de su autoría, es un alegado político contra la intervención y la injerencia norteamericana que ponían en peligro la continuidad de la nación, pero también es la defensa que el historiador, como guardián de la memoria colectiva, hace de un grupo determinado, el colono blanco y mediano propietario. Los árboles que lograron salvarse de la tala brutal que requirió la industria azucarera eran los “mudos testigos” que presenciaban y daban nombre a la obra. Ellos eran los silenciosos observadores de los cambios ambientales y de las transformaciones sociales y económicas que la isla estaba sufriendo desde el siglo XIX; los testigos de la ruina del campesino en manos de los grandes terratenientes y de los comerciantes, muchos de ellos peninsulares, cuya avaricia había apartado al hombre del cultivo de los ricos y variados productos que además del azúcar, la isla producía: añil, naranjas, tomate,

ajonjolí, café..., y todo tipo de árboles frutales que además de sustento del campesino podían servir para abastecer a toda la población.

El final de su obra nos conduce de nuevo a uno de sus principales argumentos, la toma de conciencia por el campesino criollo de su personalidad y diferencias frente al español que llega a madurarse durante los diez años de lucha, tras los cuales el hijo del país ha sido cubano y no se resignaría a dejar de serlo para siempre: “ en unos por pura reacción instintiva; en otros por madura reflexión y sentimientos arraigados en lo más profundo del alma” (Guerra Sánchez, 1974:157) .

En la historia económica y social de Ramiro Guerra fluye entremezclada una historia intelectual cuyos protagonistas siguen siendo los colonos blancos, terratenientes y pequeños propietarios; los mismos que trajeron y cultivaron la cultura y la civilización. A ellos se deben, a su juicio, las diferencias entre el destino y el desarrollo cultural de Cuba y el de las otras colonias inglesas de plantación, en las que el latifundio ahogó cualquier otra forma de organización económica, pero también, frenó su desarrollo cultural y nacional, condenando a la población, en su mayoría de color, primero a la servidumbre y después al trabajo asalariado como braceros. En la comparación de Cuba con Barbados que realiza en *Azúcar y población en las Antillas*, aunque Guerra afirma que las diferencias no las plantea en términos raciales y que no pueden verse como un problema de blancos y negros, sino como un problema social y económico, sin embargo, la reducción de la posesión de la tierra a un grupo y la identificación de éste como el portador de la cultura nacional, hacen que el imaginario de Ramiro Guerra sobre la nación, su identidad y la cultura se limiten al hombre blanco, asentado en un territorio específico, heredero de la tradición hispana sobre la que fue creando la propia.

Como la gran mayoría de sus contemporáneos atacó la inmigración de braceros haitianos y jamaicanos, así como la entrada de chinos por considerar que estos aportes sólo eran una amenaza a la consolidación de la identidad y de la cultura cubanas, una alteración extraña para la formación del espíritu nacional. Frente a ellos resaltó las cualidades de la inmigración española, calificándola como el factor que “ había reforzado el núcleo básico de la nación” (Guerra Sánchez, 1924; 1921: T. 1)⁵. En aras de la integridad nacional y cultural se continuó utilizando el fantasma de la negritud, presente en la isla desde la Revolución haitiana, y esgrimiéndose viejos

⁵ Sobre el rechazo que generó la inmigración de braceros antillanos y la llegada de chinos en el siglo XX en Cuba puede consultarse el libro de Naranjo y García, 1996 b.

prejuicios raciales que desde el siglo XIX habían situado a las poblaciones no blancas en un lugar de subordinación. En la búsqueda y defensa de dicha integridad y soberanía nacional muchos de estos intelectuales -Ramiro Guerra, Emilio Roig Leuchsenring, Luis Araquistáin, entre otros- señalaron que el camino para lograrlo era formar una sociedad integrada por una población coherente y uniforme, con una cultura común que ayudase a la consolidación nacional, por lo que se abogaba por la entrada de inmigrantes con tradiciones y cultura similar a la cubana, es decir españoles, y se desdeñaba por distintos motivos, culturales, sociales, económicos y políticos, pero también sanitarios como ya apuntamos, cualquier otro tipo de inmigración.

Los argumentos primeros dados por Guerra y otros pensadores como Roig Leuchsenring no eran tanto higiénico-sanitarios y eugenistas como económicos, pero desembocaban en un discurso similar al de aquellos que consideraban que los aportes procedentes de culturas extranjeras no blancas eran perjudiciales para el desarrollo del país y de su cultura. Por ello, aunque incidían que el intervencionismo norteamericano era el origen de la mayoría de los problemas de la isla al incrementar la producción azucarera y estimular la entrada masiva de haitianos, jamaicanos y chinos, su discurso contenía una fuerte carga racial. Además de ser acusados de desplazar al nativo del trabajo o de provocar indirectamente el descenso de los salarios en el campo, los inmigrantes antillanos y chinos fueron objeto de críticas de diferente carácter moral, religioso, etc. (Guerra Sánchez, 1979; Roig de Leuchsenring, 1927: 18-27; 1929; Pérez de la Riva, 1979: T. 2,1-73)⁶. Su presencia, su cultura, su trabajo abocaban al país hacia la desintegración como nación, y fomentaban la elaboración de una historia y un imaginario en el que el hombre blanco era el representante de la nación y la cultura.

Fernando Ortiz, el imaginario integrador

Para la comprensión de la formación de imaginarios nacionales es imprescindible tener en cuenta el ambiente intelectual de la época que abordamos y los condicionantes económicos, sociales y políticos del país. Por ello es vital enmarcar la obra y trayectoria de los intelectuales que analizamos en el contexto histórico, ver qué papel jugaron en el mismo, sus intenciones y compromisos políticos, y desde qué

⁶ A partir de 1913 las entradas de haitianos y jamaicanos comenzaron a hacerse más voluminosas; en ese año representaron el 10' 86% del total de las entradas. En los años siguientes, sobre todo a partir del

posición defendieron y definieron la identidad nacional, ya que la elaboración de un imaginario nacional cumplió otra misión además de definir la identidad nacional. Elaborada, presentada y fortalecida a través de la educación, en los textos de historia y de literatura, además de ponerse al servicio de la nación, es decir de la conciencia nacional y asentar la soberanía, en muchas ocasiones, en última instancia, transcendía el ámbito cultural y se ponía al servicio de un proyecto político. Como ha dicho Arcadio Díaz Quiñones, para el caso puertorriqueño aplicable también al caso cubano en algunos momentos, estos intelectuales en muchos casos fueron guías de la acción política (Díaz Quiñones, 1992: 9-68; Brau, 1993: 395-414).

Este fue el caso de uno de los intelectuales más destacados del siglo XX en Cuba, Fernando Ortiz, militante del Partido Liberal, en el que ocupó cargos importantes desde 1915 a 1926 en la Cámara de Representantes en la que participó como Representante designado por la Provincia de La Habana y Vicepresidente de dicha Cámara. Desde el sector más radical y progresista del Partido Liberal, comprometido con la sociedad, luchó por la implantación de la democracia a través de procesos electorales que asegurasen el restablecimiento de las libertades en Cuba que, en palabras de Ortiz, era el único medio para que “Cuba y su independencia se salvaran para la civilización y la libertad”. Trabajó en favor de la democracia como único medio de salvaguardar la libertad y la soberanía nacional, y sin olvidar otros factores externos que pudieran debilitarlas, se concentró en sanear la administración y “llevar civilización al gobierno”. Fue esta vocación cívica y voluntad regeneradora las que impulsaron la actividad política de Ortiz, quien en medio de una fuerte crisis económica y social del país, el 2 de abril de 1923 encabezó la creación de la *Junta Cubana de Renovación Nacional Cívica*, cuyos objetivos eran la renovación y regeneración del ambiente político, cultural y moral⁷ –recuérdese que tras la Danza de los Millones de 1919, año en el que la zafra fue un 58% más alta que en 1913, y el azúcar había alcanzado las cotizaciones más elevadas de la historia (el precio de venta de 5’ 06 centavos la libra en 1919, se elevó a 11’ 95 centavos la libra en 1920), se

1917, las entradas de antillanos comenzaron a sobrepasar en el volumen total de entradas a la de españoles, que hasta ese momento habían supuesto el 74% del total de los extranjeros.

⁷ Los objetivos de la Junta Cubana de Renovación Nacional-Cívica, expuestos en “El manifiesto a los cubanos” fueron publicados en la *Revista Bimestre Cubana*, vol. XVIII, núm.2, marzo-abril, La Habana, 1923, pp. 81-98. Véase también el *Heraldo de Cuba*, La Habana, 4 de abril de 1923. En su creación participaron varias asociaciones de diferente carácter, entre las que destacan por su número las asociaciones económicas como la Lonja del Comercio, la Asociación de Hacendados y Colonos de Cuba, Corporaciones Económicas la Cámara de Comercio, Industria y Navegación, el Centro de Propiedad Urbana y Rústica de La Habana, la Asociación de Industriales de Cuba. El espíritu renovador y cívico de la Junta Cubana de Renovación Nacional-Cívica atrajo a masones y profesionales de diferentes campos, perteneciendo a la ella la Gran Logia de la Isla de Cuba, el Colegio de Médicos, el Club Rotario, la Asociación de Jóvenes Cristianos de La Habana, el Colegio de Abogados, el Colegio de Arquitectos y el Colegio de Notarios Públicos.

puso en evidencia la quiebra del modelo comercial, iniciándose a partir de 1920 un descenso brusco en los precios del crudo cubano y el estancamiento de la economía-(Zanetti, 1989; Santamaría, 1994:121-148; 1996: 225-250)⁸.

El descontento de muchos sectores y grupos de distinto carácter, composición e ideología estalló tras conocerse el acuerdo al que llegaron diferentes grupos económicos en Nueva York, inconformes con la Ley Tarafa, aprobada el 10 de agosto de 1923 bajo la presidencia de Alfredo Zayas. Dicha ley desautorizaba la utilización de los puertos privados para las compañías norteamericanas y promovía el uso del ferrocarril público, la presión de los grupos económicos norteamericanos y cubanos logró que se mantuvieran abiertos los puertos autorizados con anterioridad a 1923, prohibiéndose la apertura de otros nuevos (Le Riverend, 1971: 202-207).

Las protestas partieron de distintas asociaciones, muchas de ellas de corta duración, pero de hondo calado cultural y social ya que fueron exponentes del despertar de la conciencia nacional denunciando la corrupción política, la injerencia de Estados Unidos, la falta de soberanía y la degradación social. Además de la *Junta Cubana de Renovación Nacional Cívica* en 1923 surgieron el *Movimiento de Veteranos y Patriotas*, que pasó de ser una agrupación de veteranos en demanda del pago de sus pensiones, a integrar a algunos de los líderes estudiantiles y políticos, ampliándose su frente de lucha y demandas, y el grupo de *los Trece*, protagonista de la "Protesta de los Trece" en 1923, y que supuso la irrupción en política de un grupo de jóvenes, muchos de ellos intelectuales como Juan Marinello, Rubén Martínez Villena, José Antonio Fernández de Castro, Jorge Mañach, entre otros. Muchos de éstos, que habían sido los protagonistas de las luchas universitarias en demanda de una reforma, estuvieron nucleados en torno al llamado *Grupo Minorista*. Sus programas tenían un denominador común en su llamamiento al pueblo a luchar, como diría Márquez Sterling, desde la "virtud doméstica" y la honradez contra la decadencia y la desintegración por el porvenir, la renovación y la cultura, así como a defender la cultura como paso previo en la defensa de la libertad.

La literatura y la prensa se hicieron eco del ambiente de la época recreando la preocupación de los intelectuales ante los problemas económicos, sociales, políticos y

⁸ Entre 1903 y 1921 la economía cubana había crecido de manera asombrosa. A la sombra del aumento de la producción azucarera se habían desarrollado otras actividades relacionadas con el azúcar, en perjuicio de otros sectores. Las consecuencias de la I Guerra Mundial en la isla no se tradujeron sólo en beneficios económicos como el incremento del precio del azúcar, al convertir al país en el principal

morales de la nación, tomando vida en personajes de obras como las de José Antonio Ramos, *Manual del perfecto fulanista, apuntes para el estudio de nuestra dinámica política-social*, o *Tembladera*, publicadas en 1916 y 1918; *Los argonautas* (1916) de José Castellanos; *El milagro* (1903) y *Las Honradas* (1917) de Miguel Carrión, o en las novelas de aguda y amarga crítica social de Carlos Loveira como *Los inmorales* (1919), *Generales y Doctores* (1920), *Los ciegos* (1922), o *Juan Criollo*, editada en 1927. Estos literatos, junto a otros hombres de la cultura habían creado en 1910 la Sociedad de Conferencias, con el ánimo de aunar a los intelectuales y presentar un frente unido en su lucha (Bueno, 1962; *Historia de la literatura cubana*, 1963; Portuondo, 1964; Fernández Valledor, 1993).

En cuanto a las revistas, *Cuba Contemporánea* (1913-1917), la *Revista de Avance* (1927-1930), y la revista *Social* (1923-1933 y 1935-1938) fueron las principales publicaciones que sacaron a la luz las aportaciones de algunos de los intelectuales que más se pronunciaron a favor de la cultura, la integridad y la soberanía nacional como fueron Emilio Roig de Leuchsenring, Juan Marinello, Félix Lizaso, Jorge Mañach, con su popular obra *Indagación al choteo*, de 1928, o Francisco Ichaso, integrantes de la primera generación literaria, denominada por Juan Marinello “década crítica”, creadora del Grupo Minorista. *El Grupo Minorista y su tiempo*, 1979; Suárez Díaz, 1983: 57-90; Roig de Leuchsenring, 1961).

Como otros intelectuales lo habían denunciado, Ortiz también atendió a los factores económicos como elementos importantes no tanto en la evolución de la sociedad, como en el destino del país, en la merma y pérdida de su soberanía⁹. Con la misma fuerza con la que a menudo elevaba su voz contra la discriminación racial, denuncia, como lo hizo a lo largo de su vida Ramiro Guerra, la venta de tierras a los extranjeros, la expropiación del campesinado cubano, su proletarización, el desarraigo de este campesino, la desaparición de la pequeña propiedad, la extensión del latifundio y del monocultivo azucarero, y el control de los medios de producción, sobre todo de la industria azucarera, pero también de las minas y ferrocarriles, por los norteamericanos, quienes habían controlado el 69’ 9% de la zafra azucarera de 1920.

abastecedor de este producto. El conflicto bélico estrechó la dependencia comercial de Cuba con Estados Unidos, que pasó a controlar el 80% de las exportaciones y el 70% de las importaciones de la isla.

⁹ Es interesante ver cómo otros pensadores que le antecedieron, como Enrique José Varona, también incidieron en la necesidad de que la riqueza estuviera en las manos de los cubanos, puesto que de ello dependía la soberanía nacional. El periódico *El Fígaro* publicó entre 1906 y 1907 muchos artículos en los que Varona denunció la compra de tierras por parte de los norteamericanos. “El abismo”, “El patriotismo”, “El talón de Aquiles”, “¿Abriremos los ojos?” son algunos de éstos. Véase también la obra que este autor escribe en 1911, en la que de nuevo plantea los problemas de Cuba en términos económicos: Varona, 1919.

Coincidía, además, que los mejores ingenios y tierras más productivas eran ya norteamericanas (Ortiz, 1924:17-44) ¹⁰.

La denuncia de la expropiación progresiva de las tierras y de la riqueza del pueblo cubano la formuló Ortiz desde la economía y desde la cultura. La decadencia cubana, que otros autores apuntaban provenía de la presencia y herencia de sangre africana y de la llegada de inmigrantes chinos, jamaicanos y haitianos, era para Ortiz el resultado de la injerencia extranjera en la vida cubana, sobre todo en la economía. La venta de tierras denunciada desde principios de la República por algunos hombres como Manuel Sanguily, Enrique José Varona, Salvador Cisneros Betancourt, Ramiro Guerra, o por los novelistas más destacados de la primera generación republicana como los ya mencionados Carlos Loveira, Miguel Carrión, Luis Felipe Rodríguez o José Antonio Ramos, era también condenada por el antropólogo (Instituto de Historia de Cuba, 1998; Cepeda, 1988; Zanetti y García, 1976) ¹¹. En 1924, un día antes de celebrarse el aniversario del inicio de la última Guerra de la Independencia, el 23 de febrero, ante un nutrido auditorio, Ortiz pronunciaba una conferencia en la Sociedad Económica de Amigos del País de La Habana sobre “ La decadencia cubana”, en la que alertaba sobre “ el pavoroso riesgo de disolución que corría la patria... (apartada) del fulgor de la civilización” (Ortiz, 1924, pp. 17-44). Sus palabras, en esa ocasión, no hablaban de cultura, de raza, de racismos o xenofobias, iban dirigidas contra la penetración norteamericana, que desde la Enmienda Platt hasta el presente había ido ramificando sus tentáculos por la isla y la vida del pueblo cubano. En concreto se refería Ortiz a la compra de tierras por compañías norteamericanas, al traspaso de la propiedad, al desplazamiento del campesino cubano, a la transformación de la estructura agraria, a la presencia cada vez mayor del capital norteamericano y a la Ley Tarafa de 1923, la cual además de ser la constatación de la situación de dependencia, era el síntoma visible de la decadencia de un pueblo que, proseguía Ortiz, “ se había olvidado de aquel programa de las mambisas que cosieron una bandera para una nación con vida de gloria, no para mortaja ingloriosa de un pueblo bueno, heroico, que no quiere, que no debe y que no puede morir” .

¹⁰ En 1920, comenta Ortiz, los norteamericanos controlaban con sus empresas el 16' 72% del territorio insular, localizadas en las zonas más productivas del país.

¹¹ Las condiciones y limitaciones a la soberanía de Cuba presentes desde la constitución de la República en 1902, mediante la Enmienda Platt, el Tratado de Reciprocidad Comercial y el Tratado de Arrendamiento de Bases Navales y Militares firmados con Estados Unidos contaron con la oposición de algunos políticos. La mayoría se inclinó a votar estos tratados ante el temor de que su negativa fuera causa del mantenimiento *sine die* del gobierno militar norteamericano, presente en la isla desde 1898. Estos temores, así como la ideología anexionista de algunos de los representantes cubanos motivaron la aprobación e inclusión de la Enmienda Platt como un apéndice en la Constitución de 1902, e impidieron el avance de algunos proyectos, como el presentado en 1903 por Manuel Sanguily, para prohibir la venta de tierras a extranjeros.

Sus palabras eran eco de las pronunciadas por Varona años atrás, a raíz de la intervención norteamericana de 1906, alertando a los cubanos por la pérdida de soberanía nacional, y exhortándoles a trabajar por una agricultura diversificada y a rescatar la riqueza del país, ahora en manos extranjeras:

“ Hemos asegurado la independencia política de la patria. Es un gran deber que hemos cumplido. Nos falta otro. Asegurar por el trabajo bien dirigido la independencia económica del cubano. Con ésta, y sólo con ésta, se afianza la otra. Y cuando se cimenta con sangre una obra, hay que poner además todos los medios para que perdure” (Varona, 1949).

En la defensa del campesinado cubano, aunque desde una perspectiva y con fines diferentes a los perseguidos por otros pensadores como Ramiro Guerra, Ortiz en su *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar* va marcando las diferencias sociales y económicas a que han dado lugar los dos productos más importantes del país (Ortiz, 1963). El tabaco y el azúcar, los protagonistas de su historia, cobran en esta obra una personalidad extraordinaria revelándose como factores determinantes de la evolución y estructura de la sociedad cubana. A pesar de decir que el tabaco era más cubano, por no necesitar para su cultivo importar mano de obra ni capitales extranjeros, de los dos, la caña de azúcar era el elemento que había impreso un carácter más fuerte a la sociedad, ayudando a su formación no tanto por la llegada de miles de esclavos, chinos, gallegos, canarios o yucatecos, como por ayudar a consolidar una forma de vivir, a arraigar al hombre a la tierra, a crear un universo cultural. El mismo universo elegido y exaltado por la historiografía nacionalista, por novelistas y poetas.

“ El azúcar (escribe Ortiz en 1940) es siempre arraigo. Donde se siembran los cañaverales allí se quedan y duran por varios años... El tabaco es traslaticio. Las simientes se siembran en semilleros, luego se trasplantan y mudan de lugar...” (Ortiz, 1963).

Era el azúcar, el colono, el campo, la tierra los temas que de nuevo son tratados por Ortiz contraponiéndolos ya no al tabaco sino al proceso de penetración del capital norteamericano que mantenía a la isla en una posición colonial. La misma posición que ya el antropólogo había denunciado en 1924, aquella noche víspera del Grito de Baire que dio comienzo a la última lucha contra España, en la que enfatizaba en los factores de la decadencia cubana, en los salones de la Sociedad Económica, como parte del programa renovador esbozado por un nutrido grupo de intelectuales, hombres de negocios y profesionales.

La evolución del pensamiento de Ortiz, desde los postulados positivistas de la escuela lombrosiana a planteamientos más abiertos sobre las etnias y las culturas, ya entrada la década de 1910, le llevan también a interpretar la historia y la cultura de manera diferente a la de otros pensadores de la época y a los planteamientos que hasta ese momento había defendido (Naranjo y Puig-Samper, 1997:11-23). Se aleja de la escuela criminalista, abandona las teorías sobre el atavismo salvaje, los postulados que encerraban a los pueblos en categorías en función de un pretendido grado diferente en la evolución biológica, y refuta las concepciones sobre la superioridad e inferioridad de unos hombres sobre otros en función de la posición que se les asignaba en la escala evolutiva, marcada por los rasgos físicos más visibles como la pigmentación de la piel, la estructura craneal, etc. Por otra parte, la necesidad de fortalecer el sentido nacional, de sedimentar la nacionalidad y afianzar la soberanía frente a la penetración cultural y económica de Estados Unidos motivó a Ortiz en su tarea de definir la sociedad y la cultura cubana (Puig-Samper y Naranjo, 1999:192-221; Naranjo y Puig-Samper, 2000:477-504)¹². Para ello, acudió a la historia, estudiando cada aporte, cada fase y período como partes y productos de un proceso en el que los distintos aportes se fusionaban y derivaban en uno nuevo y único (en el proceso de la transculturación).

La cubanidad, es decir la cultura cubana, la historia del país las explicaba en palabras sencillas comparándolas con un plato típico criollo llamado “ajiaco”, cocinado en un gran puchero de barro en el que diferentes viandas, ají y carnes de distinta procedencia, se cocían lentamente y se dejaba reposar de un día para otro hasta transformarse en un guiso “con un fondo lleno de sustancia desechas en caldo pulposo y espeso”. El pueblo de Cuba, su cultura era un gran ajiaco que continuaba haciéndose, al que han ido incorporándose y continúan haciéndolo distintos elementos, diversas razas y culturas “que se agitan, entremezclan y disgregan en un mismo bullir social.... Mestizaje de cocinas, mestizaje de razas, mestizaje de culturas. Caldo denso de civilización que borbullea en el fogón del Caribe” (Ortiz, 1991:10-30). Esta concepción integradora y dinámica de la cultura es lo que le confiere a Ortiz un carácter diferente a la de otros pensadores. Su análisis de la identidad y del imaginario nacional lo hace a partir de las culturas y no de las razas. No pretende establecer el alma de lo cubano ni definir la cubanidad ya que ésta se presenta de manera

¹² En los trabajos citados hemos analizado la formación intelectual de Fernando Ortiz tanto en la Escuela Positivista Italiana, como entre los más importantes sociólogos, penalistas y positivistas españoles como Manuel Sales y Ferré, Dorado Montero y Salillas.

cambiante continuamente. Su riqueza y grandeza para este antropólogo radicaba precisamente ahí.

Intelectual comprometido con el país, preocupado por la realidad económica, política, moral y social de la isla, Fernando Ortiz, como los otros miembros del Grupo Minorista, lanzó un mensaje conciliador proponiendo una renovación cívica desde la política y la integración de los diferentes elementos étnicos y culturales. En su interpretación de la historia, la cultura y la sociedad es en donde hay que situar también el imaginario elaborado por él, un imaginario integrador en el que no podía, en beneficio de la nación, diferenciar ni excluir a ningún grupo. En su idea de nación, de nación cívica, defiende la integración de todos sus elementos, la asimilación de cada uno de ellos, la aculturación o transculturación de cada aporte en función de la cultura mayoritaria, puesto que la nacionalidad, como comenta Inman Fox, para algunos grupos se define en términos de una cultura común (Fox, 1997:18). La cohesión y la integración de la nación era la principal preocupación de Ortiz, para quien la cultura cubana, la sociedad se presenta como un todo. “ Por la integración cubana de blancos y negros” es uno de los tantos artículos que publicó para espantar los fantasmas del pasado y desterrar los prejuicios raciales enraizados en una sociedad con un pasado reciente esclavista, en una sociedad donde la población de color continuaba siendo considerada inferior, con una cultura primitiva, por lo que seguía siendo excluida en determinados ambientes y profesiones. Desde la ciencia, la historia, la cultura y la antropología Ortiz fue desmontando las tesis racistas, los postulados pseudocientíficos sobre los que se apoyaban y fue desvelando los significados internos y los códigos de cada cultura en planos de igualdad. Demostró que la cultura y la sociedad cubanas eran el producto de todas las culturas y pueblos que habían poblado la isla, y que las diferencias entre ellas no podían medirse a partir de conceptos etnocéntricos y europeístas (Ortiz, 1986; Le Riverend, 1973).

Para él, como lo fue para Enrique José Varona, Vidal Morales, Ramiro Guerra y para muchos otros intelectuales y maestros de generaciones, la educación era el arma fundamental para fortalecer la nacionalidad y luchar contra la decadencia y los vicios de la sociedad. Dentro de este programa regenerador, Ortiz comentaba en una conferencia titulada “ Seamos hoy como fuimos ayer” , pronunciada en la Sociedad Económica de Amigos del País, del 9 de enero de 1914, que la educación y el trabajo eran las premisas básicas que permitirían alcanzar el progreso, y recordaba la labor llevada a cabo por la Sociedad Económica de Amigos del País, una de las mayores instituciones culturales del siglo XIX:

“ Los antiguos buenos cubanos de la Sociedad Económica fundando revistas, diarios, escuelas, cátedras, museos, jardines botánicos; costeando becas en el extranjero; importando profesores; publicando libros, memorias e informes sobre todos los problemas cubanos, nos demuestran cómo la labor de un grupo de hombres de fe puede hacer de una factoría esquilmada un pueblo y una nacionalidad” (Ortiz, 1914; 1955: 217-235)¹³.

La evocación de los hombres ilustrados que desde la Sociedad Económica llevaron a cabo esta empresa cultural guarda relación con la tesis de Ortiz sobre el papel de esta institución como fomentadora de la conciencia nacional. El desarrollo de lo “ nacional” desde la cultura y sus instituciones es similar do acontecido en otros países, como en el caso de España, en donde también algunas instituciones culturales y educativas del siglo XIX fueron las que impulsaron e institucionalizaron la cultura y forjaron la nacionalidad.

En la historia busca y encuentra los cimientos de la nación, del imaginario social que elabora mediante un proceso aglutinador y no excluyente. Con este fin llevó a cabo investigaciones desde distintas disciplinas y planteamientos (arqueología, sociología, etnología, etnohistoria, historia, musicología e incluso lingüística) sobre cada uno de los elementos que consideraba habían influido en la formación del pueblo cubano. El estudio minucioso de los pasados, indio, español y cubano, le permitió rescatar los fundamentos en los que descansaba la nacionalidad que durante el paso lento de los siglos había fraguado. Aunque sus investigaciones se dirigieron más al pasado español y al cubano, también hizo hincapié en el pasado indígena, cuyos resultados fueron publicados en artículos como “ Las nuevas orientaciones en la prehistoria cubana” , “ Las cuatro culturas indias de Cuba” , entre otros que aparecieron en la *Revista Bimestre Cubana*, que dirigió desde 1910, en *Cuba y América*, en *Archivos del Folklore Cubano*, creada por Ortiz en 1924, así como libros como *Los cabildos afrocubanos*, de 1921; *Historia de la arqueología indocubana*, editado en 1922; *Glosario de afronegrismos, estudio de lingüística, lexicología, etimología y semántica*, aparecido en 1924 (García-Carranza, 1970, y la obra de García-Carranza, Suárez Suárez y Quesada Morales, 1998).

¹³ El papel jugado por la Sociedad Económica de Amigos del País en Cuba como propulsora de la ciencia y la cultura en general, y, en última instancia, impulsando y generando una cultura nacional propia, desde su fundación en 1783 en Santiago de Cuba y en 1793 en La Habana, aparece reflejado en las obras de González-Ripoll Navarro, 1999, y Álvarez Cuartero, 2000.

En este rescate del pasado lo que fueron le sirve para definir lo que eran y, apuntaba Ortiz en 1909, para dirigirnos con fundamentos positivos hacia lo que debemos ser (Ortiz, 1986), es decir, a una sociedad donde las culturas se hubieran fundido y el conflicto hubiera cesado, a una “tercera sociedad y cultura, a una comunidad nueva y culturalmente integrada, donde los factores meramente raciales han perdido su malicia disociadora” (Le Riverend, 1973:181-191).

Por otra parte, en ocasiones es el presente el que le permite, con su observación participante, adentrarse y comprender el pasado, sobre todo para explicar algunas de las tradiciones africanas que pervivían en Cuba. En este tiempo anterior, en las leyendas, mitos, tradiciones, tipos y costumbres encuentra significados del presente, o trata de encontrarlos como medio de establecer una continuidad y una integración de la historia, de las gentes y de la nación. Desde esta perspectiva y tratando de forma igual a todos los elementos Fernando Ortiz pudo elaborar construir una memoria histórica y un imaginario nacional en los que tenían cabida los distintos elementos que habían interactuado en la formación nacional.

Bibliografía

- Acosta, Agustín (1926), *La zafra*, Imprenta Minerva, La Habana.
- Álvarez Cuartero, Izaskun (2000), *Memorias de la Ilustración: las Sociedades Económicas de Amigos del País en Cuba (1783-1832)*, Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, Madrid.
- Anderson, Benedict (1993), *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, FCE, México
- Bueno, Salvador (1962), *Bosquejo histórico de las letras cubanas*, Editora del Ministerio de Educación, La Habana
- (1963), *Historia de la literatura cubana*, Editora del Ministerio de Educación, La Habana
- Byrne, Bonifacio, “Mi última bandera”, La Habana, 1904
- Cepeda, Rafael (1988), (selección e introducción), *La múltiple voz de Manuel Sanguily*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.
- Cruz Monclova, Lidio (1973), *Baldorioty de Castro*, Instituto de Cultura Puertorriqueña, San Juan.
- Díaz Quiñones, Arcadio (1992), “El enemigo último: cultura nacional y autoridad en Ramiro Guerra y Sánchez y Antonio S. Pedreira”, *Op. Cit.*, núm. 7, San Juan, pp. 9-68.
- (1993), “Salvador Brau: la paradoja de la tradición autonomista” *La Torre*, Año VII, núms. 27-28, San Juan, pp. 395-414.
- (1996), *La memoria rota. Ensayos sobre cultura y política*, Río Piedras, Puerto Rico, Ediciones, Huracán.
- Fernández Valledor, Roberto (1993) *Identidad nacional y sociedad en la ensayística cubana y puertorriqueña, 1920-1940*, Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, San Juan.
- Florescano, Enrique (1998), *Etnia, Estado y nación. Ensayo sobre las identidades colectivas en México*, Aguilar, México.
- (1999), “Los mitos de identidad colectiva y la reconstrucción del pasado”, Marcello Carmagnani, Alicia Hernández Chávez y Ruggiero Romano (coords.), *Para una historia de América II. Los nudos (I)*, FCE, México, pp. 94-131.
- Fox, Inman (1997), *La invención de España. Nacionalismo liberal e identidad nacional*, Editorial Cátedra, Madrid.

- García-Carranza, Araceli (1970), *Bio-Bibliografía de Don Fernando Ortiz*, La Habana, Biblioteca Nacional " José Martí" .
- , Suárez Suárez, Norma y Quesada Morales, Alberto (1998), *Miscelanea II of studies dedicated to Fernando Ortiz (1881-1969)*, New York, InterAmericas, Society of Arts and Letters of the Americas.
- González-Ripoll Navarro, M^a Dolores (1999) *Cuba, la isla de los ensayos. Cultura y sociedad en Cuba (1790-1815)*, CSIC, Madrid
- Guerra Sánchez, Ramiro (1921), *Historia de Cuba*, 2 Ts., Imprenta " Siglo XX" , La Habana, II
- (1924), *Un cuarto de siglo de evolución cubana*, Librería Cervantes, La Habana,
- (1949), *La Guerra de los Diez Años, su sentido profundo en la historia de Cuba, 1868-1878. Discursos leídos en la recepción pública del Dr. Guerra y Sánchez*, Academia de la Historia de Cuba, La Habana, 1949.
- (1970), *Guerra de los Diez Años, 1868-1878*, 2 Ts., Editorial Lex, La Habana.
- (1970), " Reducción de la independencia económica de Cuba y empobrecimiento de la población rural" ,*Azúcar y población en las Antillas*, Instituto Cubano del Libro, La Habana, pp. 87-92.
- (1974), *Mudos Testigos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana
- Guiteras, Juan (1913), " Estudios demográficos. Aclimatación de la raza blanca en los trópicos" , *Anales de la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana*, t. 50, La Habana, pp.98-118.
- Harwich Vallenilla, Nikita (1994), " El discurso historiográfico de Venezuela enel siglo XIX" , *Revista de Indias*, núm. 202, Madrid, pp. 637-653.
- Hobsbawm, Eric and Ranger, Terence (1983), *The invention of tradition*, Cambridge University, Cambridge, 1983
- Instituto de Historia de Cuba (1988), *Historia de Cuba. La neocolonia. Organización y crisis. Desde 1899 a 1940*, Editorial Política, La Habana.
- Le Riverend, Julio (1971), *La república*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana
- (1973), (prólogo y selección), *Órbita de Fernando Ortiz*, Unión de Escritores y Artistas, La Habana
- Morales Morales, Vidal (1899), *Precursores de la independencia de Cuba*, La Habana
- (1901), *Iniciadores y primeros mártires de la revolución cubana*, La Habana
- (1904), *Hombres del 68: Rafael Morales y González. Contribución al estudio de la historia de la independencia de Cuba*, La Habana
- (1913), *Nociones de la historia de Cuba*, Habana, Librería e imprenta " La Moderna Poesía" .
- Naranjo Orovio, Consuelo (1998), " Cuba, 1898: Reflexões en torno a la continuidad y a los imaginarios nacionales" ,*Cuadernos de Historia Contemporánea* (Dossier: 1898: España fin de siglo), núm. 20, Madrid, pp. 221-234.
- y García, Armando (1996 a), *Racismo e Inmigración en Cuba, siglo XIX*, Ediciones Doce Calles-FIM, Aranjuez (Madrid)
- (1996b), *Medicina y racismo en Cuba. La ciencia ante la inmigración canaria, siglo XX*, Ayuntamiento de La Laguna-Centro de Cultura Popular Canaria, La Laguna-Tenerife
- Naranjo Orovio, Consuelo y Puig-Samper Mulero, Miguel Angel (1997), " Delincuencia y racismo en Cuba: Israel Castellanos versus Fernando Ortiz" , R. Huertas y C. Ortiz, *Ciencia y fascismo*, Ediciones Doce Calles, Aranjuez (Madrid), pp.11-23.
- (2000), " Fernando Ortiz y las relaciones científicas hispano-cubanas, 1900-1940" ,*Revista de Indias*, núm. 219 (mayo-agosto), Madrid, pp. 477-504
- Opatrný, Josef (1986), *Antecedentes históricos de la formación de la nación cubana*, Praga, *Iberoamericana Pragensia, Supplementum 3*,
- (1990), *US Expansionism and Cuban Annexationism in the 1850s*, Praga, Universidad Carolina de Praga
- (1994), " Algunos aspectos del estudio de la formación de la nación cubana" , Naranjo, Consuelo y Mallo, Mallo (eds.), *Cuba, la perla de las Antillas*, Ediciones Doce Calles-CSIC, Aranjuez (Madrid), pp.249-259.

- Ortiz, Fernando (1914), *Seamos hoy como fueron ayer*, Imprenta La Universal, La Habana
- (1924), "La decadencia cubana" *Revista Bimestre Cubana*, Vol. XIX, núm. 1, enero-febrero, La Habana, pp. 17-44.
- (1955), "La Sociedad Económica de Amigos del País de la Habana en la formación de la conciencia nacional de Cuba" *Revista Bimestre Cubana*, Vol. LXX, La Habana, pp. 217-235
- (1963), *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, Consejo Nacional de Cultura, La Habana.
- (1986), *Entre cubanos. Psicología tropical*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1986 (La primera edición es de 1909).
- (1991), "Los factores humanos de la cubanidad" *Estudios etnosociológicos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1991, pp. 10-30.
- Pérez de la Riva, Juan (1979), "Cuba y la inmigración antillana 1900-1930" *La república neocolonial. Anuario de Estudios Cubanos*, 2 Ts., Editorial Ciencias Sociales, La Habana, T. 2, pp.1-73.
- Portuondo, José Antonio (1964), *El contenido social de la literatura cubana*, Universidad Autónoma, México
- Puig-Samper Mulero, Miguel Angel y Naranjo Orovio, Consuelo (1999), "Fernando Ortiz: herencias culturales y forja de la nacionalidad", Consuelo Naranjo y Carbs Serrano (Eds.), *Imágenes e imaginarios nacionales en el Ultramar español*, CSIC-Casa de Velázquez, Madrid, pp. 192-221
- Quijada, Mónica (1994), "¿Qué nación? Dinámicas y dicotomías de la nación en el imaginario hispanoamericano del siglo XIX", F-X. Guerra y Mónica Quijada (coords.), *Imaginar la nación*, núm. 2, Hamburg, Münster, pp. 15-51.
- Rodríguez, Luis Felipe (1924), *La Conjura de la Ciénaga*, Madrid
- (1963), *Marcos Antilla. La tragedia del cañaveral*, Empresa Consolidada de Artes Gráficas, La Habana
- (1984), *Ciénaga y otros relatos*, Editorial Letras Cubanas, La Habana.
- Roig de Leuchsenring, Emilio (1927), "Cuba, esclava de la industria azucarera", en *Carteles*, X, 51, diciembre 18, pp.18 y 27.
- (1929), *La colonia superviva*, La Habana: Imprenta el siglo XX
- (1931), *El intervencionismo norteamericano, mal de males de la Cuba republicana*, San José de Costa Rica: Ediciones del Repertorio Americano.
- (1961), *El Grupo Minorista de intelectuales y artistas habaneros*, Oficina del Historiador de la Ciudad, La Habana.
- Santamaría, Antonio (1994), "La crisis financiera de 1920-1921 y el ajuste al alza de la industria azucarera cubana" *Revista de Historia Industrial*, núm. 5, pp. 121-148
- (1996), "Caña de azúcar y producción de azúcar en Cuba. Crecimiento y organización de la industria azucarera cubana desde mediados del siglo XIX hasta la finalización de la Primera Guerra Mundial", Consuelo Naranjo Orovio, Miguel A. Puig-Samper y Luis M. García Mora, (eds.), *La Nación soñada: Cuba, Puerto Rico y Filipinas ante el 98*, Doce Calles, Aranjuez (Madrid), pp. 225-250.
- Serrano, Carlos (1999), *El nacimiento de Carmen. Símbolos, mitos y nación*, Editorial Taurus, Madrid, 1999
- Varona, Enrique José (1919), *De la colonia a la República*, Sociedad Editorial Cuba Contemporánea, La Habana.
- (1949), *Por la patria en la colonia y en la república*, Municipio de La Habana, Oficina del Historiador de la ciudad, La Habana.
- Zanetti, Oscar (1989), *Los cautivos de la reciprocidad*, Ediciones ENPES, La Habana
- y García, Alejandro (1976), *United Fruit Co.: un caso de dominio imperialista en Cuba*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana
- Zeuske, Michael (1996), "1898. Cuba y el problema de la "transición pactada". Prolegómeno a una historia de la cultura política en Cuba (1880-1920)", Naranjo Orovio, Consuelo, Puig-Samper, Miguel Angel y García Mora, Luis M. (eds.), *La Nación soñada: Cuba, Puerto Rico y Filipinas ante el 98*, Ediciones Doce Calles, Aranjuez (Madrid), pp.131-147.